

6° Capítulo del Abad General OCist para el CFM - 31.08.2013

Decía ayer que en los Salmos se describen y se cantan como tres niveles de la obra de Dios: el nivel de la creación, el nivel de la historia de Israel, el nivel que podríamos definir como mesiánico o, directamente, cristológico. No son niveles distintos de forma clara, por la sencilla razón de que uno solo es el Dios que obra, y una es la obra del amor de Dios que se expresa en tonos y colores diversos. Por esto, se podrían encontrar muchos otros niveles de la obra de Dios, además de los tres que me parecen principales. Por esto, más que de “niveles” quizá sería mejor hablar de “aspectos” de la obra de Dios.

Adelanto que sé que estoy simplificando mucho y que si algún biblista me escuchase quizá me miraría con compasión. Pero no os estoy hablando a un nivel académico y científico, sino a un nivel “capitular”, es decir, como un abad que busca “esparcir en las almas de los discípulos la levadura de la justicia divina”, como lo pide san Benito (RB 2,5). Y la mejor levadura que podemos proponer a los demás es la que, en la *lectio divina*, en la oración y meditación, ha hecho fermentar nuestras almas, nuestros corazones. Solo lo que se recibe del Señor, del Espíritu Santo, dentro de uno mismo y que se siente en sí como un don de Dios que ilumina, corrige y estimula la propia vida, puede ser propuesto a los demás, como un testimonio. Pues ninguno es dueño de aquello que producirá en el otro el fermento recibido y transmitido, porque ahí entra en juego la libertad de cada uno y su camino con el Señor.

Por tanto, veamos a la obra de Dios en los Salmos.

El primer nivel o aspecto es la obra de la creación. Son muchos los pasajes de los Salmos que cantan la creación de cada ser, desde el más insignificante al más grande y majestuoso.

“Por la palabra del Señor se hizo el cielo, por el aliento de su boca sus ejércitos. Encierra en un odre las aguas marinas y mete en un depósito el océano. (...) Por que él lo dijo, y existió, el lo mandó, y surgió” (Sal 32,6-9).

El Salmo 103 es todo él un himno al Dios creador: “Bendice, alma mía, al Señor: ¡Dios mío, qué grande eres! (...). Extiendes los cielos como una tienda, construyes tu morada sobre las aguas, las nubes te sirven de carroza, avanzas en las alas del viento, los vientos te sirven de mensajeros, el fuego llameante, de ministro. Asentaste la tierra sobre sus cimientos y no vacilará jamás. (...) De los manantiales sacas los ríos, para que fluyan entre los montes (...). Junto a ellos habitan las aves del cielo, y entre las frondas se oye su canto. Desde tu morada riegas los montes, y la tierra se sacia de tu acción fecunda; haces brotar hierba para los ganados, y forraje para los que sirven al hombre; él saca pan de los campos y vino que le alegra el corazón, y aceite que da brillo a su rostro, y alimento que le da fuerzas. (...) Hiciste la luna con sus fases, el sol conoce su ocaso.

(...) ¡Cuántas son tus obras, Señor! Y todas las hiciste con sabiduría; la tierra está llena de tus criaturas” (Sal 103).

El Salmista no se limita a confesar que Dios es creador: contempla la creación vislumbrando en ella una armonía que nos permita reconocer la sabiduría de Dios. En efecto, toda criatura está en relación con las demás, toda criatura está hecha para las demás, en un gran diseño de “existencia para el otro” que revela, en el fondo, la naturaleza de Dios mismo, y que el amor es la naturaleza profunda del ser.

Ante todo, las criaturas sirven a Dios, son instrumentos de Dios: “los vientos te sirven de mensajeros, el fuego llameante, de ministro” (103,4). Dios no necesita las criaturas, pero las criaturas sirven a sus deseos de revelarse al hombre, de entrar en relación con el hombre. La creación es “mensajera” de Dios, nos habla de Él. Por esto, la creación es para la gloria y la alegría de Dios que en ella expresa su omnipotencia y su amor: “Gloria a Dios para siempre, goce el Señor con sus obras” (103,31).

También en el salmo 18 encontramos una hermosa descripción del papel de mensajeros de Dios que tienen las criaturas: “Los cielos cantan la gloria de Dios, el firmamento proclama la obra de sus manos. El día al día le pasa el mensaje, la noche a la noche se lo susurra. Sin que hablen, sin que pronuncien, sin que resuene su voz, a toda la tierra alcanza su pregón y hasta los límites del orbe su lenguaje” (Sal 18,2-5).

Las criaturas anuncian la obra de las manos de Dios, anuncia que es Dios el que obra. Por el simple hecho de existir, las criaturas anuncian al Creador. Es bellísima la imagen de la creación que nos da este salmo, porque es como si todas las criaturas fueran animadas por el anuncio de Dios, como si las criaturas se hablasen las unas a las otras para decirse: “¡Somos obra de Dios!”. Este es el mensaje de cada criatura, que llena todo el tiempo y todo el espacio: el día lo dice a la noche, y la noche al día. Y este anuncio se propaga de criatura a criatura hasta “los confines del mundo”.

Imaginémonos el universo, las galaxias que el hombre no ha descubierto aún. Desde siempre, las estrellas se están anunciando sin palabras que son obra de Dios, y a ellas no les interesa otra cosa, porque no hay nada más importante para una criatura, ya sea una mosca o una galaxia, que el hecho de ser obra de Dios, hechura de Dios.

Los Salmos, como otras páginas bíblicas, nos hacen sensibles, por lo tanto, al mensaje de las criaturas, nos ayudan a escuchar el anuncio silencioso que toda criatura hace a las demás, continuamente, hasta el infinito. Y es un anuncio siempre nuevo. No es que el día diga al otro día: “¡Hemos sido creados hace tantos miles de millones de años!”. Cada día dice al otro, y cada noche dice a la otra: “¡Somos obra de las manos de Dios ahora, somos siempre una novedad renovada!”, porque Dios no cesa de obrar el ser de sus criaturas.

Luego las criaturas sirven a la vida y el bienestar las unas de las otras, y, sobre todo, a la vida y bienestar del hombre: “Desde tu morada riegas los montes, y la tierra se sacia de tu acción fecunda; haces brotar hierba para los ganados, y forraje para los que sirven al hombre; él saca pan de los campos y vino que le alegra el corazón, y aceite que da brillo a su rostro, y alimento que le da fuerzas.” (103,13-15).

También la luna y el sol, en su majestad y belleza, cumplen el humilde servicio de señalar el tiempo de la vida diaria: “Hiciste la luna con sus fases, el sol conoce su ocaso” (103,19).

En resumen, todo es creado dentro de un diseño de Dios a favor de la armonía y belleza de la creación, en cuyo centro está la criatura humana, capaz de ver este diseño, de leerlo, de reconocer en él al Autor y de estarle agradecido, de glorificarlo por esto, participando en su alegría de crear el mundo. El salmo comienza y termina con la invitación que el salmista se dirige a sí mismo: “Bendice, alma mía, al Señor!” (103,1 e 35). El culmen de todas las obras de Dios, es, por lo tanto, la relación de bendición entre Dios y el hombre: Dios y el corazón del hombre se bendicen mutuamente, “dicen bien” el uno del otro, se hablan con benevolencia, con amor, es decir, viven una amistad. Toda la creación culmina en la amistad de Dios con el hombre.

Esto es lo que reconoce con asombro el salmo 8: “Cuando contemplo el cielo, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que has creado, ¿qué es el hombre, para que te acuerdes de él, el ser humano, para darle poder? Lo hiciste poco inferior a los ángeles, lo coronaste de gloria y dignidad; le diste el mando sobre las obras de tus manos, todo lo sometiste bajo sus pies: rebaños de ovejas y toros, y hasta las bestias del campo, las aves del cielo, los peces del mar, que trazan sendas por el mar” (Sal 8,4-9).

La obra de la creación nos deja estupefactos ante nosotros mismos, pero humildemente estupefactos, no orgullosamente. Es pura misericordia el hecho de que Dios dé a la criatura humana un recuerdo y un cuidado particular, y le dé una preeminencia sobre las demás criaturas, sublimes y poderosas, como los cielos, la luna y las estrellas y todos los animales.

Vemos que los Salmos nos ayudan a contemplar la obra creadora de Dios como revelación de Dios mismo, revelación de su diseño, de su sabiduría, que nos permite reconocer con asombro y gratitud lo que somos, el valor que tenemos ante los ojos de Dios, y, por lo tanto, tener una relación agradecida y responsable con nosotros mismos, con nuestra naturaleza humana.

Fr. Mauro-Giuseppe Lepori OCist